

VI El ser y la sumisión al objeto

(Continuación)

Hemos puntualizado ya la frecuencia e intensidad con que el objeto, ese engendro adventicio de la vida, se vuelve contra la corriente que lo informa, y termina por imponerle su necesidad referencial, desbordando su sustantivación efímera, hasta llegar a constituirse en razón última y sostén imprescindible de nuestros afanes vitales.—Esta debilidad esencial de la vida, que, como lo expresara SIMMEL, se debate en un antagonismo básico entre su impulso esencial ilimitado y la imposición restrictiva y predominante que recibe de sus propios productos, se acentúa en épocas como la actual, que en su aversión a la forma como tal, carecen, por propia determinación, de cánones y formulaciones en los cuales fundamentar y precisar sus desarrollos. De esta renuncia al objeto, y en razón de su ineludible necesidad, proviene esa conciencia predominante de desposeído con que el hombre de nuestros días afronta generalmente sus problemas.—Es así como prospera, por tal causa, toda ideología que se desarrolle centrada en la referida conciencia: necesidad de espacio vital (el espacio de los otros); reclamo de un reparto social (de lo que tienen otros).—Es cada vez más raro encontrar el individuo seguro de sí, afincado firmemente en su ser, soberano y señorial en sus relaciones con el prójimo; lejos de ellos, se vive con la sensación de estar encerrados en límites arbitrariamente impuestos; nuestra sensibilidad desorbitada se siente continuamente herida frente a las resistencias renovadas que ella misma se crea, en sus desvaríos y exacerbaciones; nuestros padecimientos se originan por lo que **no** somos ó **no** tenemos; se ignora el goce simple y hondo de la pequeña posesión, que nunca falta; se olvida, en un desasimiento insensato de nuestras fecundas pertenencias íntimas, que aún la más pequeña alcanza la dimensión íntegra de nuestro ser, para reclamar, ávidamente, la parte de César junto a la parte de Dios.

Bajo todos estos signos se transparenta una disgregación de la individualidad, que nos crea una desesperada necesidad de reestructurarla mediante adjunciones externas y delimitaciones excluyentes; faltos de una unidad plena e irradiante que se baste a sí misma, erigida sobre formas básicas, buscamos guarecernos en una unidad social y económica que nos procure una seguridad eventual, para gozar, garantidos por ese magro caudal, la ilusión de incorporaciones esenciales.—Se olvida que el hombre, en su acepción egregia, no tiene un **ser**, ni puede adquirirlo por un **tener**; que en el sentido usual, no **es** ni puede **tener** nada; que así como carece de una esencia inmutable no puede tampoco proveerse de un ámbito propio a expensas de cosas artificialmente anexionadas. Su realidad es una curva histórica, una infinita e insondable vigencia que necesita del tiempo para expandirse y del espacio para manifestarse; ni es una cosa entre otras cosas, ni un ser entre otros seres; en cada uno reside todo el ser; no careciendo de nada (aún no **teniéndolo**), viviendo plena y gozosamente, desbordándose en amor como en exceso de vitalidad y no como dádiva menesterosa, se conquista el ser,

como la más vasta riqueza, aquella que extrae de sí misma, inagotablemente, su caudal infinito.

VII Superación dialéctica de lo objetivo

Una nota dominante que singulariza la actitud creadora frente a su ámbito cultural y que la provee del necesario dinamismo, es la legítima rebeldía con que se levanta contra toda sujeción rutinaria y formal, reabsorbiendo las formas inadecuadas al instante en que nacen; una acción que merezca tal nombre, aun en la escala reducida de una frase o de un simple movimiento circunstancial, debe extraer de sí la fuerza de relegar fáciles conformismos, desenvolviéndose en imprevisible novedad, con una necesidad interna que la sobrepuje. La vida se afirma en rebelión en cuanto se crea su propio ámbito y su singular itinerario; como instancia afirmativa, se complementa con una faz negativa hacia las formas de vida societarias, demasiado rígidas e impersonales, hacia las técnicas y ritos sostenidos por estructuras constantes, sin que ello signifique la mera primacía de un sentimiento de hastío ante la verdad circulante o un cansancio íntimo ante formulas restrictivas, sino que éstos nacen como correlatos secundarios de un exceso de vida legítima y autónoma, de un amor positivo a la acción creadora, de un querer radical, del cual el ser resultante es un producto inatendido.

Una decisión participa de un doble carácter de aceptación y abstención: decidirse, alerta al conflicto, es la tarea específicamente humana; el hombre, decía Nietzsche, es el animal que puede prometer, o, diríamos nosotros, que puede desligarse del mundo y de sí, atravesándose ante la marea del existir, para imponerle su determinación personal; lo verdadero se modela como una irradiación personal, a la cual se someten las cosas. Las cosas mismas nacen y se constituyen en la cálida corriente de las decisiones vitales; son las necesarias referencias en las que se centra y patentiza la corriente de la vida. El yo viviente se va creando así su propia morada, poblándola de cosas y conceptos que se sostienen merced al sentido vital que les infunde. Bajo enunciados análogos, aparecen así en épocas alejadas, contenidos con distinta referencia vital; v. gr. del átomo griego al átomo actual, más que una diferencia de constitución, reconocemos un distinto sentido e importancia como base explicativa y como desenlace de procesos movidos por intereses inconmensurables. La supervivencia formal de algunas construcciones instituye una legalidad estática en cuyas redes se degradan los impulsos creadores decaídos; prepondera así la inercia de una realidad decantada por actividades inactuales; el yo vive entre sus propios residuos, atado a objetividades consagradas; la acción degenera en un funcionamiento maquinal de órganos disciplinados y amaestrados, estabilizándose en técnicas que manipulan cosas válidas por sí mismas; las palabras se independizan de sus fuentes vivas y se recombinan en una lógica operativa impersonal; caracterizamos así sobre todo, los periodos de las grandes construcciones formales de la ciencia, orbes magníficos y fríos, cuidadosamente depurados de toda intervención perturbadora del sujeto; culminación de la objetividad, en la que el yo, ansioso de potencia cósmica, se desencuentra paradójicamente con su impulso vivo. A épocas así, suceden periodos de penosa reacción, en los que se intenta un acordamiento de esas estructuras universales con la curva del desarrollo histórico del que se habían divorciado, reestableciendo un significado para la

ciencia, compatible con un destino valadero. Es posible así reintegrarse, a través de la monumentalidad de la obra humana, a una fusión simpática con la realidad, formando una unidad coherente en la que cada impulso halle su cauce adecuado.

Ante la resistencia de lo real, densificado por el reflujó de las mismas cosas que hubo de crear para proporcionar un asidero fáctico a sus afanes de integración, el hombre debe orientar su conocimiento como un hacerse continuo, que se confirma en un transcurrir perceptivo; vamos atravesando de paso verdades accesorias, cuya aparente fijeza se acompaña con una estabilización de las categorías formales del conocimiento, movidos por un afán ascendente de refundir los cuadros objetivos, reduciendo los modos operativos a los más sencillos.

Fue en ese sentido que los modos matemáticos culminaron hace tres siglos esos esfuerzos de unificación y reducción que triunfaban en una realidad previamente reducida a lo estrictamente matematizable.—Ya con Descartes aparece un método único para una sustancia única; lo distinto se relega como mera modalidad accesoria de lo único esencial (materia y espíritu en Descartes; mónada en Leibnitz).—Con el concepto de función, lejos de la pluralidad helénica de entes separados y definidos, se funde lo particular en una formulación de alcance universal; el objeto pierde su auto-suficiencia ideal, para convertirse, referido funcionalmente a un fondo espacio-temporal, en una momentánea ocupación de un lugar, en una irregularidad perceptiva localizada dentro de un sistema de coordenadas que se amplía hasta lo infinito.—Paralelamente, el pensamiento metafísico crea conceptos referenciales a cuyo respecto se coordena la realidad entera; ya no hay ideas, a lo Platón, sino relaciones funcionales que relativizan su vigencia fáctica.—Vivir, en su más profunda acepción, es ir replanteando esas referencias básicas, con lo que el no yo se posibilita como objeto.—No significa esa constante superación de conformaciones objetivas que el yo creador las mediatice, subestimándolas, sino que al vivir cada etapa formal con toda la intensidad de sus impulsos, llega a agotarlas por exceso de vida y no por una reducción intelectual fría.—Cada instante y cada objeto contienen, sucesivamente, una ocasión indesplazable de experiencia integral.—Solamente en una tal inmersión, con la decepcionante frustración de los impulsos infinitos en las formas limitadas de lo momentáneo, puede originarse la honda insatisfacción que preludia las búsquedas creadoras, renovando la trágica condición en la que la necesidad de realizarse en lo limitado se enfrenta a la necesidad de expansiones universales, creciendo sobre nuestras tangibles irrealidades.—Bajo el instante advenedizo, alienta una escondida riqueza; la razón intenta reacompararse con una metódica estructuración de infinitos desenvolvimientos; pero aún en esa inestabilidad fugitiva de las cosas, se instauran placer, saber, posesión, modos ilusorios de acallar las ansias fausticas, seducciones de lo precario y limitado, con sus engañosas promesas de goce y sus advertibles decepciones; es el amor terreno, el pecado, la caída ante la forma efímera, vaso incierto con su mentira de reposo fecundo y de eternidad.